

## Las puntadas de Estrella

Estela Oriana

IG: @estela.orianana

Los tallistas flamencos de la Casa Wespelaere no deben de saber que luego de treinta y dos años seguiría en mi retina la apertura de las puertas de madera del Santísimo Sacramento. En aquel instante comenzó a nublarse mi vista, una conmoción me invadió. El raso de seda blanco ‘sin brillo’ apareció.

El corte ‘A’, la cola capilla o catedral (los metros no alteran las sensaciones), lo abullonado en los hombros de las mangas largas que terminaban con tres minúsculos botones forrados y sus finos ojales, daban testimonio del invierno contribuyendo a soslayar las bajas temperaturas.

El salón del Campo Argentino de Polo era un lugar apropiado para que llegara una princesa con su raso de seda blanco ‘sin brillo’. Afortunadamente, la visión ya no estaba nublada por las lágrimas y entonces se podía apreciar el escote en ‘V’ drapeado con la técnica de plisado en sus lados, repitiendo en la cintura baja de ese metro setenta y dos de altura.

El vino generoso hizo lo suyo, la conmoción seguía a flor de piel. La princesa había enlazado en el último de los botones, a la altura de la espalda baja, el velo medieval. No obstante, podía apreciarse más de treinta botoncitos, uno detrás del otro, acompañando la cremallera. El grandioso moño permitió ocultar ese ojal y dar paso a un polisón que bailó, casi etéreo, toda la noche.

Apenas dos años después y con un metro cincuenta y cinco, había que darle varios toques. Sin tiara de brillantes, ni tul cubriendo la espalda. Pero con un importante dobladillo en las mangas. Había casi veinte centímetros de diferencia en la altura...

Ella no dudó.

Tomó aguja e hilo blanco y repitió en el contorno del ruedo el drapeado necesario. En dos vueltas, completó trece metros con veinte. ¿Cuántas puntadas habrán sido? ¿Cuántas lágrimas habrán caído?

Las puertas de Santa Teresita del Niño Jesús de Martínez se abrieron; la vista esta vez no se nubló. Claro, tantas cosas de qué ocuparse, no dejaron tiempo para entender al tiempo.

El raso de seda blanco ‘‘sin brillo’’ lució como debía, como si lo hubiese confeccionado ella, que tanto cosió en su vida, hasta su propio traje de novia el mismo año en que se casó Grace Kelly.

Pude luego devolverlo en una gran caja, casi en su estado original. Adjunté una carta con sobre verde que decía:- ‘‘Martes 3 de septiembre de 1991. Querida amiga: Luego de casi un año y días te devuelvo el vestido de novia. Ese bellissimo vestido que tanto te hizo soñar a vos y a mí. Si supieras lo que significó el gesto de prestármelo... Te lo entrego junto a un montón de hermosísimos recuerdos, sobre todo, el del rostro de mi mamá al probármelo por primera vez, pasando las tardes en la cama, con pocas fuerzas, luchando con el dobladillo, pero contenta porque uno de sus sueños se cumplía (...) No puedo ser objetiva, ya que al hablar del vestido siempre vuelve a mí tu imagen entrando al Santísimo, mis lágrimas, tu emoción, mi deslumbramiento (...) Sigo sin encontrar uno que lo supere. (...) Después de veinte años de amistad, sé que siempre estás conmigo y yo con vos, la distancia no la interrumpe. Te quiero mucho, Estela.’’

Veinte años después mi amiga Soraya puso en venta el vestido de novia. Y lo compré. Aquellas puntadas en los trece metros con veinte centímetros simbolizaban la hechura que no fue.

Esas puntadas, para acortarlo, le dieron el valor de haber sido el último gran acto de amor de Estrella, mi madre.

Estela Oriana

27 enero 2021